

José Carlos Mariátegui: una vida y una obra

Blanca Luz Brum

Olivier Debrouse fue el primero que se ocupó en reunir algunos de los escritos de Blanca Luz Brum (1905-1984): *Amor, me hiciste amarga. Poemas, cartas y memorias de México* (Breve Fondo Editorial / CNCA, 2002). Esta nota, la cual hay que abonar a la cuenta por formar de Brum, apareció originalmente en la revista mexicana *Crisol. Revista de Crítica*, núm. 13, enero de 1930, pp. 44-46.

Jóvenes son los que no tienen complicidad con el pasado, y por eso es Mariátegui el revolucionario más auténticamente joven de nuestra hora americana, porque está frente a la dictadura cretina de Leguía y frente al lacayismo de la burguesía peruana, con la misma pureza ecuánime con que se conserva frente al desastre político de los partidos caudillistas que en la América se levantan con alarde de revolucionarismo.

Talentoso, obstinado. Implacable con la mediocridad y la rutina, dirige desde la rebelde fortaleza de *Amauta* la nueva conciencia revolucionaria de los intelectuales americanos. Sus seis años de destierro en Europa lo hacen atento y sabio espectador de los acontecimientos políticos de esa época —fascismo en Italia, reconstrucción en Alemania—, y observador agudo y estudioso tenaz, nos trajo un libro, *Escena contemporánea*, libro de semblante crítico y político que llama la atención por el carácter psicológico con que destacó a las principales figuras europeas que en ese entonces se movían en el nuevo mapa que construía la paz de Europa.

Con vigor, con terrible ironía a veces, sitúa cada tipo en el escenario de gran guñol, de mercenario o de trágico, en que les toca actuar a aquellos hombres que dieron al mundo el espectáculo más vertiginoso y trágico de nuestra época, y aparece Lenin, en medio de su más cálido fervor, de donde no se nos puede escapar el Mariátegui bolchevique y místico que se defiende con una frialdad aplastadora. Pero es él, exaltado, caliente, vibrante ante el genio del maestro. Su semblanza de Lenin

es la más rotunda afirmación revolucionaria de su espíritu en esa etapa, y hoy, de la obra que realiza, que pretenden obscurecer tristes cizañas de ignorantes y mercachifles ideológicos.

Y mueve las bambalinas de la Europa sombría, y aparece la apachesca figura de Benito Mussolini, haciéndole una pirueta trágica a la frustrada Italia.

Y el Trotzky de aquella hora famosa del Ejército Rojo. Y el Anatole France en zapatillas revolucionarias, y el Romain Rolland medio estático y medio humano, y el anguloso Barbusse, que es como un escupitajo rojo en la indecente faz de la burguesía del mundo, y que es más exaltado y más amado porque está en medio de toda esa intelectualidad francesa, conservadora y hedionda como las letrinas y sale el hombre que más hipócritamente ha sonreído al mundo: el que supo emocionar a la burguesía sentimental de 1914, el Wilson de los Catorce Puntos que ganó la guerra y perdió la paz. Jóvenes artistas de aquella hora donde nació Alejandro Blok, el poeta bolchevique de más valor que tuvo la Revolución Rusa. Mariátegui, con la *Escena contemporánea* pasó por primera vez su tarjeta de visita a los espíritus revolucionarios de América. Y no queda allí la obra perseverante de Mariátegui. Incansable espíritu luchador, estalla por toda América en granadas de polémica, de agitación, de estudios sociales, de crítica y de arte, y en el Perú es hoy el timonel valiente de la revolución socialista que levanta su proa frente al fascismo de la burguesía leguiana.

Maestro de los jóvenes, camarada jovial y entusiasta, el más vibrante espontáneo espíritu que haya yo encontrado en mi vida. Hace poco se dio a la publicidad su último libro, se llamó *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, y es el primer libro que en el Perú trata sobre base puramente marxista el problema del indio desposeído y miserable desde los remotos días de la conquista hasta los actuales, cuya situación social y económica no ha variado en absoluto, a no ser por el cambio de amos, que unas veces fueron virreyes españoles, otras aristócratas peruanos, cuando no gamonales indios y mestizos, y después de la independencia de España, *entrega absoluta al imperialismo yanqui*, cuyo mediador “habilísimo” es ahora en el Perú el “ilustre esperpento de don Augusto B. Leguía”, cuya dictadura sangrienta se sostiene permanentemente bajo el amparo indiscutible de las bayonetas yanquis desde hace catorce años.

La juventud americana, más aún si se llama revolucionaria, debe tomar como ejemplo la actividad de Mariátegui y no sólo teorizar junto a su nombre por medio de discursos, sino organizar las fuerzas obreras y campesinas de sus propios países sobre la única base sólida de liberación definitiva, la base teórica de Mariátegui y de todos nosotros: el marxismo revolucionario.

